

Poesía y poetas Hahn y Vicuña: Dos libros hermosos

Por Grínor Rojo

De un tiempo a esta parte, algunos poetas chilenos que salieron a la cancha por primera vez en los años sesenta vienen dando a conocer publicaciones globales, antologías retrospectivas de un tipo u otro, todas ellas con el no muy oculto deseo de contemplar (y de contemplarse ellos a sí mismos en) el panorama de su trayectoria completa. No quiero pronunciarme acerca del porqué de estos anhelos; que eso quede al criterio del astuto lector. Más interesante me parece indagar en sus consecuencias. Dos libros recientes, ambos de calidad inobjetable, me pueden ayudar en la tarea. Me refiero a *Sin cuenta*, de Óscar Hahn; y *PALABRARMÁS*, de Cecilia Vicuña.

Escribí hace ya varios años, en un artículo para el Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina, que la producción poética de Hahn era escueta pero poderosa. Con su trabajo formando parte de las principales antologías de la poesía latinoamericana de las últimas décadas, premios, traducciones, entrevistas, bibliografía crítica, elogios públicos y especializados copiosos, Hahn se ha convertido a esta fecha en un poeta con el que hay que contar tanto en Chile como fuera de Chile. Sin cuenta contiene lo que, desde su propio punto de vista, es el meollo de este cuento: una colección que para celebrar su medio siglo de labor incluye un poema por año. Considerando que la totalidad de la obra de Hahn debe ser de un centenar y algo más de poemas, no es una cantidad despreciable. Suficiente en todo caso para pergeñar una autobiografía poética, esto es, una tentativa que, como ocurre con todas las autobiografías, busca desde la altura del camino recorrido imprimirle propósito y dirección a un desarrollo que en el peor de los casos nunca los tuvo.

¿Cómo lo hace? Subrayando, creo yo, las principales permanencias. En primer lugar, y en cuanto a los contenidos, insistiendo en la batalla que este poeta mantiene desde el comienzo de su carrera con la muerte, la individual y la colectiva. No por nada los cinco primeros poemas de *Sin cuenta* ponen a la muerte en el centro. Y el último, «Lolitas», que parece vindicar a «los viejos locos/ los viejos que nos acostamos/ con muchachas cuarenta años menores que nosotros», tratando de neutralizar esa omnipresencia fatídica, se tropieza con ella de todos modos, y ello en el gesto de la mismísima muchacha que ahora «nos sonrío/ con la guadaña en la mano». Es esa la muerte individual y cotidiana, la que a uno lo asalta en la calle o en el dormitorio, y que en esta poesía existe codo a codo con la muerte colectiva y apocalíptica, la de los poemas de *Imágenes nucleares*, por ejemplo, de los que aquí se recuperan dos o tres.

Pero la muerte no reina sola en la poesía de Hahn. En su eterna disputa con ella, el poeta recurre sobre todo al sexo como su mejor antídoto: flamígero y efímero, estallido que va desde el doméstico desorden del fantasma ensabonado, en «Nacimiento del fantasma» y «Sábana de arriba», hasta la cosmovisión flammariolesca de «Hipótesis celeste», el sexo se rebela una vez y otra contra la nada en acecho y prometiendo eso que todos esperamos de él, que nos haga fundirnos con la pareja y ser entonces «la luz/ que se difunde en todas direcciones/ y atraviesa los cuerpos opacos».

La otra gran persistencia es la formal: el diálogo de Hahn con la poesía hispánica, medieval, clásica y moderna, de Manrique a Cernuda, pasando por Góngora y Quevedo, y con la no hispánica, Rimbaud, hasta su infelicidad con lo que ha podido conseguir hasta allí, en poemas como «Invocación al lenguaje». «Lee Señor mis versos defectuosos», «¿Por qué escribe usted?» y «Arte poética», ya que el lenguaje es un «hijo de la grandísima», los versos del poeta «quisieran salir pero no salen» y al fin la poesía «no me suelta lo que yo quería». En la línea del Rubén de «Yo persigo una forma...», este es el poeta chileno descontento, que descubre que ni el español que habla ni los moldes que usa pueden darle la perfección de «la rosa» (Esta rosa negra se llama el primer libro de Hahn), aun cuando eso no haya obstado para que sean suyos, y es sólo un ejemplo, algunos de los mejores sonetos que se han escrito en este país.